

tra, y trataré de demostrar una vez más el poco placer que nuestros libros causan á los libertinos. Estos leen á Brantôme con la sonrisa en los labios; en sus obras hallan una serie de anédoctas que parecen inventadas para consolar al vicio, y que presentan el amor como un paraíso sembrado de flores sin espinas, y en el cual viven los amantes felices y gozosos sin que para nada les molesten las flaquezas y miserias anejas á la humanidad.

Pongamos, por el contrario, una novela naturalista—*Madame Bovary* ó *Germinia Lacerteux*—en manos de un libertino, y éste, al ver su imagen reproducida en aquellas páginas, sentirá disgusto y miedo, y quizá llegará á acusarnos de mentirosos. Tal acusación no nos causaría extrañeza.

En el hombre licencioso está demasiado arraigada la costumbre de que la mirada se detenga siempre en la superficie de las cosas; por lo tanto, nada más natural que el que no quiera reconocer la realidad de la sangre y del fango que existen en el fondo de la vida galante. En una palabra, no halagamos, aterrorizamos, y en esto precisamente estriba una parte de nuestra moralidad.

En apoyo de lo expuesto, voy á citar un caso que me atañe. Cuando publiqué mi novela *Nana* en uno de los periódicos de esta capital, el París callejero y galante alzó unánimemente un grito de protesta. Tratándose de un estudio tan complejo y poblado de sucesos como la mencionada obra, nada tenía de extraño que yo hubiera incurrido en algún error al entrar en ciertos detalles técnicos; pero más que á este punto, las protestas se dirigían contra el espíritu mismo del libro, contra las costumbres y los caracteres que retrataba, y especialmente contra la pintura que en él hacía de la relajación que por todas partes nos sale al paso. Decíase que aquella pintura no era exacta, que la relajación parisiense era menos sombría y más espiritual, y que no presentaba los caracteres del drama naturalista con que yo la revestía.

Periodistas y autores dramáticos de innegable talento y personas que viven en el mundo de las actrices y de las mujeres galantes, juraban, sonriendo, que *Nana* era una figura imaginaria, y á todas luces deploraban que yo no hubiera bosquejado delicadamente el ligero perfil de esas encantadoras flores del vicio

convencional, cuyo carácter es la picaresca elegancia que está de moda.

Este es un fenómeno cuya explicación es muy sencilla.

Hay hombres inteligentes que sólo aceptan el vicio lo que éste tiene de agradable. El buen humor, el lujo y el perfume de las mujeres galantes les encanta; con ellas cenar como ellas olvidan, y si tienen un tropiezo contraen relaciones, siempre es tomando el asunto por el lado ameno y considerando cada aventura como una flor que hallan en el sendero de la vida. Mas si una noche, por necesidad ó calaverada, traspasan el dintel de un lupanar y una mujer les salpica de lodo guardan el más profundo silencio, porque su temperamento hace que les cause horror todo lo que no es bello y agradable, y quieren ver el vicio de color de rosa y envuelto en perfumada nube de polvos de arroz.

Fácil es comprender que semejantes testigos, actores al mismo tiempo del vicio parisien, no pueden estar satisfechos cuando se les pone delante de los ojos un drama naturalista del género de *Nana*, cuyos personajes descienden hasta la infamia. El escritor que

no se detiene en la brillante superficie, y que va más allá del perfumado gabinete para abrir públicamente la alcoba, produce un trastorno en sus ideas, ó por lo menos amarga un tanto sus goces. Si aquellos hombres ven que un autor, al ocuparse de una mujer galante, lo hace grave y seriamente, y que, escalpelo en mano, anatomiza el lindo cuerpecito, cuya satinada piel es lo único que á ellos les importa, se enojarán sin duda alguna, y no les faltará razón. Y si al conocer el resultado del estudio dudan de su veracidad ó lo declaran falso, también lo harán de buena fe; porque los hombres de que nos ocupamos nunca quieren ver la parte animal que hay en toda criatura. No comprenden la verdad, y acusan de falsa la pintura que el escritor ha hecho, precisamente porque es demasiado verdadera. Esto depende del punto de vista bajo el cual se considera el asunto.

Si lo consideramos á través del prisma parisien, no haremos más que tocar ligeramente el asunto, sin pasar de la superficie, y lo trataremos como lo haría un hombre alegre, paradójico en su modo de pintar, y con sus ribetes y pespuntes de escéptico; nos entretien-

dremos en jugar del vocablo, y no pasaremos de describir la farsa que se representa ante los ojos del público, con todo género de reservas y de convenciones. Mas si, por el contrario, lo consideramos bajo el punto de vista real, bajo el aspecto verdaderamente humano, llegaremos hasta el fondo del asunto, como es sabio que quiere verlo y conocerlo todo para que sirva de enseñanza, y haremos la disección anatómica de nuestros personajes, para poner de manifiesto hasta las miserias que ellos mismos quisieran ocultar á sus propios ojos. Nana ha sido vista bajo el último de estos dos aspectos, y por eso los libertinos, que hubieran querido que se les presentase engalanada con los mentidos colores de que se sirve *La Vie Parisienne*, la han acusado de falsa. En esto precisamente consiste, según el criterio de los idealistas, el gran crimen que cometemos.

No embellecemos los asuntos ni abrimos campo para fantasear sobre cierto género de cosas.

Comprendería que se nos acusara de desolar á la pobre humanidad, que no tiene necesidad de ver claramente las miserias que en su

seno existen; pero no se me alcanza que puedan acusarnos de provocar el libertinaje con nuestros cuadros, porque semejante acusación es ilógica. Nada menos halagüeño para la licencia que nuestros libros.

Sentado esto, no hay para qué añadir que no somos continuadores de la novela licenciosa del siglo XVIII, y mucho menos podemos serlo de la historieta picante ó libre de los siglos anteriores. En ésta y en aquélla vemos la pintura del vicio, halagüeña é idealizada, hecha sencillamente para recreo del lector. En semejantes obras jamás aparece la enseñanza ni el fin científico que se persigue, y si el desenlace es moral, caso frecuente, nunca es consecuencia lógica de los acontecimientos que se desarrollan, ni ofrece la utilidad de una experiencia verificada con elementos humanos.

Nuestra novela es, pues, completamente original, y nada tiene de común con la de otros tiempos; ó, por lo menos, desde que se empezó á aplicar el método científico, la antigua fórmula ha sufrido tales modificaciones, que ha resultado otra fórmula completamente nueva, con arte y moral propias. En el estu-

dio que hice sobre la novela experimental, hice la definición de esta moral, y, por tanto, hoy me limitaré á repetir esta conclusión: «Mostramos el mecanismo de lo útil y lo nocivo, y separamos el determinismo de los fenómenos humanos y sociales, con el fin de procurar que un día puedan ser dominados estos fenómenos. En una palabra, trabajamos en unión del siglo para realizar la gran obra, que consiste en conquistar la materia para decuplicar el poder humano.»

Citemos un ejemplo para mayor claridad, sacando de nuevo á la escena al marqués de Sade. No bien publicamos una novela, sale al palenque el nombre del precitado Marqués; empiezan los paralelos y las comparaciones, y se lanza la injuria contra el nuevo libro, sin que la crítica se haya ocupado de estudiar seriamente las tendencias ni el espíritu de la obra que acaba de darse á luz. Tal proceder no puede ser más injusto, porque el marqués de Sade era un escritor romántico, exasperado, y que no tenía nada, absolutamente nada de naturalista ni de novelista experimental. Hace tiempo que detenidamente estudié sus obras, y de este estudio saqué el convencimiento

de que las personas que examinen la cuestión lógicamente y sin apasionamiento, verán de un modo claro que aquel endemoniado, aquel católico renegado, seguía precisamente un rumbo contrario al que llevamos los positivistas, analizadores de la verdad. El tomaba por base un hecho extraordinario y casi sobrehumano; nosotros partimos de un hecho común y corriente en la vida; sus obras siempre dejaban entrever el infierno y al diablo ocupando el lugar de Dios; las nuestras sólo dejan entrever la ciencia. Llegando á este punto, la diversidad es evidente y decisiva, porque una filosofía excluye la otra. El Marqués sólo presenta el triunfo de la miseria humana, y vive en la monstruosidad y para la monstruosidad; antes creyó en Dios, y luego en Satanás, lo que en el fondo es lo mismo, y sus obras no pasan de ser el horrible cáncer de una fe desorganizada. Nosotros, al ocuparnos de las torpezas, lo hacemos con el fin de definir las y de hacer ver que existen; sometemos la monstruosidad á un experimento con objeto de desentrañarla, y no vamos, en suma, guiados por la fe, sino inspirándonos en un método, en un sistema. Quiero decir que nos

atenemos á hechos comprobados, sin que para ello nos sirvan de óbice los dogmas de una religión sobre el bien y el mal. Nuestra tarea es partir de lo conocido para llegar á lo que se desconoce, y tenemos la certeza de que es tanto más útil, cuanto más clara hace aparecer la verdad. En resumen, si presentar la licencia y el libertinaje por el solo placer de hacerlo es cosa abominable, hacer el estudio exacto de una pasión, cuando este estudio ofrece la certeza de un experimento, aunque raye en sangriento, será siempre de gran moralidad, porque se convierte en documento que criminalistas y legisladores deben tener en cuenta.

No hablo ya del infame lenguaje del marqués de Sade, que ha prodigado los vocablos más vergonzosos del diccionario, sin más idea que la de añadir á lo lúbrico de la narración, la excitación sensual que produjera la palabra misma. Eso no representa la erudición de un lingüista, ni la fantasía de un artista; representa la lascivia de un hombre que se excita con palabras inmundas; es más bien un caso patológico que trae á la memoria aquellos poseídos, aquellos convulsionarios que, arras-

trados por la locura de sus creencias, se daban al demonio y se reunían el sábado, manchando con sus desenfrenadas orgías los templos, y echándose en cuatro piés delante de los altares, bramaban y se ayuntaban como animales. En el fondo de la antigua superstición se ve la ninfomanía; el viento del terror arrasaba á los creyentes, haciéndoles caer en la magia desde las alturas de la fe, porque al extremo de ésta estaba el milagro, quiero decir, lo sobrehumano, lo monstruoso, lo infernal. Si leemos *La Bruja*, de Michelet, esa terrible pintura del desorden religioso de la Edad Media, no nos costará mucho trabajo el hallar en ella el carácter del marqués de Sade: violaciones, incestos, amores bestiales y contra natura, verdadera furia de fornicación y de exterminio, que á cada momento se saciaba entre sangre y fango; esto es, la misma demencia, idéntico erotismo de la carne, bajo el sacudimiento del dogma católico. En nuestra literatura, el marqués de Sade es la expresión directa del infierno, tal como éste salía de las iglesias en ciertos días de licencia popular, dando saltos y aullidos, y rompiendo y manchando cuanto encontraba á su paso.

Al llegar á este punto, nos hallamos de nuevo ante los ojos á M. Barbey d'Aurevilly. Este tiene del mal la misma idea que tenía el marqués de Sade. Los personajes malos de sus obras, son poseídos á quienes el demonio arrastra á la realización de actos monstruosos y sobrehumanos.

En el delirio sexual no va tan lejos como el Marqués, pero dice lo bastante para que no sea difícil adivinar lo que calla; concibe á menudo la idea del aquelarre con sus abominaciones carnales, y en ello se complace, sintiendo el estremecimiento voluptuoso del católico que arriesga su salvación eterna. Las brujas le inspiran cierta ternura; hay momentos en que cree que llega á su nariz el olor á chamusquina que debe emanar del infierno, y gusta de hacer creer que pasa las noches en compañía de sus endemoniados para ir al siguiente día á confesarse de ello. La moral de todo esto ¿dónde está? M. Barbey d'Aurevilly, cree sin duda que está en el temor de Dios; mas esto no lo presenta, ni podría presentarlo, como una conclusión. Este escritor no es un ingenio adocenado, y no quiere seguir las costumbres de los novelistas de menor cuan-

tía, haciendo que la Providencia, para castigar el crimen, intervenga en el desenlace de sus obras, ó por lo menos, si aquélla interviene, como acontece en el *Prêtre marié* (1), sea en forma tan extraordinaria, que el caso parezca tomado de un cuento de hadas. En los libros de este autor aparece el infierno casi á vista de pájaro; la pintura del mal está tratada con verdadero *amore* romántico, y llega á lo extraordinario. En una palabra, M. Barbey d'Aurevilly es un marqués de Sade aceptable en la sociedad; hace sus cuadros por amor al arte, sin tener para nada en cuenta la verdad, y aun desdeñándola, y pinta con la intención deliberada de exagerarlo todo, cuando se trata de lo sobrenatural.

He aquí un ejemplo que puede afirmar la exactitud de lo expuesto: M. Barbey d'Aurevilly ha presentado alguna vez en sus libros el tipo de una mujer pública. En su novela *Les Diaboliques* hay precisamente una meretriz, una gran dama española, que, por

(1) Muy pronto verá la luz, en la Colección de libros escogidos, con el título de *El Cura Casado*, esta interesante y famosa novela, así como *Las Diabólicas*, del mismo autor.

vengarse de su marido, se lanza á la prostitución. Como puede verse, la historia es de lo más sencillo y natural del mundo. El autor, no contento aún con haber atribuido á aquella mujer semejante origen, para alejarse más todavía de la regla general, se complace luego en bosquejar un cuadro de lo más extravagante. Coloca su figura en un cuchitril decorado suntuosamente, y pone en sus labios asombrosas conversaciones; en una palabra: la saca de la vida real, para presentarla bajo el influjo de una pesadilla sangrienta y casual. Todo esto recuerda mucho el estilo peculiar del marqués de Sade, y es un cuento abominable, concebido por un escritor, cuya calenturienta fantasía tiene una extravagante originalidad. Semejante cuento no enseña verdad ni moral alguna, puesto que carece de base, y su tendencia es la expresión satánica del mal. En tal novela, diga su autor lo que quiera, veo la preocupación enfermiza de lo licencioso por ello mismo.

Veamos ahora cómo procede el escritor naturalista que quiere estudiar á una mujer pública. Empieza por presentarla por el lado vulgar y corriente, tratando, al mismo tiempo,

de hacer ver que sus inclinaciones pueden ser hereditarias y determinadas por el ambiente en que su educación se formó. Si la mujer es propensa al libertinaje y al desorden, el novelista tratará de demostrar que la embriaguez habitual de los padres y la inevitable mezcla de gente que en los barrios bajos se advierte, pueden ser las causas que determinen tales inclinaciones. Después, siguiéndola paso á paso, y analizando detenidamente su vida y costumbres, su traje, su morada, y hasta los hombres que con ella se tratan, demostrará cuál sea su representación social, y hará ver claramente hasta qué punto puede ser elemento de desorganización y destrucción semejante mujer. Creo que no es necesario esforzarse para hacer notar la moral práctica que de tales obras se desprende; porque no se trata ya del católico que, atormentado por la preocupación del demonio, describe una pesadilla, sino del sabio, del observador, del experimentador que presenta y clasifica documentos humanos. La mujer pública presentada en estas condiciones, será el verdadero tipo de su clase, y podremos ver, primero cómo brota, y luego cómo sigue su derrotero; estudiando su

vida paso á paso, veremos cómo, por medio del experimento y la observación, se descubre la causa de los hechos, y una vez dueños de éstos, puesto que conocemos su origen, en nuestra mano estará impedir que se reproduzcan: saneemos los barrios y suprimamos científicamente las meretrices. Aun cuando la obra naturalista no nos conduzca á este resultado práctico, siempre tendría la utilidad de ser una investigación exacta, una verdad humana que se levanta indestructible.

¿He conseguido hacerme entender? ¿Está demostrado claramente, de modo que lo entienda todo el mundo, que cuando la crítica, en su ininteligencia, nos echa en cara al marqués de Sade, no sabe absolutamente lo que se dice? Nuestro modo de ver es científico, y por tanto diametralmente opuesto al suyo, que era católico. El marqués de Sade era un idealista, un idealista terrible que se agitaba en lo irracional y en lo sobrenatural; de manera que sus continuadores hoy, son precisamente los adversarios que nos acusan de revolvernos, en la licencia porque trabajamos dentro de la verdad. Esta, para los referidos adversarios es banal y repugnante, y, sin embargo,

en ella se encierra toda la moral. Creen ennoblecerse más cuanto más se extravían en las mentiras de la imaginación; saltando en el paroxismo de la demencia, dan la postrer voltereta, para caer en pleno marqués de Sade, cuando llega el desquiciamiento final de la razón, cuando la bestia humana se revuelca en el fango y en el horrible y voluptuoso abrazo del demonio.

Llámesenos positivistas, materialistas ó ateos, esta es cuestión de filosofía, y la aceptamos. Los católicos, y aun los simples deistas, sean románticos ó doctrinarios, pretenden ser los únicos grandes, virtuosos y caritativos, porque no tratan de iluminar lo desconocido; nosotros, por el contrario, creemos que de lo desconocido emanan todos los males, y que la más honrosa tarea consiste en disipar las tinieblas, ayudando cada cual según lo que sus fuerzas le permitan. Este es asunto muy elevado y que no puedo tratar aquí; por lo tanto, me limitaré á afirmar que toda mentira, aunque ofrezca la apariencia de algo grande, lleva consigo el mal. Pero cuando los ataques de nuestros adversarios son verdaderamente odiosos, es cuando nos acusan de obscenidad

y de hacer una especulación vergonzosa. Ya he demostrado que nuestro género literario no procede del cuento picante ni de la novela licenciosa, y he hecho ver que, lejos de estar entre nosotros los continuadores de la escuela del marqués de Sade, se hallan, por el contrario, entre los escritores románticos impenitentes y exasperados. La literatura obscena, es decir, la de imaginación libertina que inventa escenas licenciosas por el placer de hacerlo y sin el determinado fin de llevar á cabo una investigación exacta, no puede brotar más que en el cerebro de un escritor espiritua- lista. Nuestros análisis no pueden ser obscenos, desde el momento que son científicos y presentan un documento humano. Esto es lo que hay que repetir constantemente y probarlo sin tregua, para que cada cual ocupe en nuestra literatura moderna, el lugar que le corresponde.

IV

Los enemigos del naturalismo nos acusan de especuladores del vicio; si al mismo tiempo acusaran á nuestros adversarios de especular con la virtud, irían por mejor camino y no carecería de gracia su empresa. Los descendientes de *Tartufe* han invadido los libros, los periódicos y los teatros.

Primeramente es necesario tener en cuenta que la especulación con el vicio no da grandes resultados prácticos. Al hablar de la especulación del vicio, me refiero á la real, á la verdadera, á la que se refugia en Bélgica y se lleva á cabo clandestinamente.

Los hombres que para ganar un pedazo de pan se dedican á tráfico tan vergonzoso son, en general, desdichados, entre los cuales no podría citarse uno solo que haya llegado á realizar una mediana fortuna. Por otra parte, si se quiere usar de ambigüedades y man-

char á los verdaderos artistas, dando á entender que éstos estudian el hombre hasta en sus detalles afrentosos, con el fin de excitar al lector y de procurar la venta de una obra, semejante calumnia sólo puede apoyarse en el éxito excepcional y raro que han alcanzado algunos libros, y que se ha debido á causas muy distintas; pero los adversarios del género naturalista, al lanzar semejante acusación, no tienen para nada en cuenta el poco éxito que generalmente alcanzan los libros que están escritos con verdad y audacia. Podrán aquéllos citar en apoyo de su aserto la enorme venta que obtuvo *Madama Bovary*, y dirán que se debió sencillamente al episodio del coche de punto; mas no hablarán de las vacilaciones, y casi me atrevería á decir de la repulsión del público hacia las novelas de Stendhal y de Balzac, dos escritores que seguramente no ganaron nada durante su vida, con ser animosos analizadores de la realidad.

Los hermanos Goncourt escribieron una obra, *Germinia Lacerteux*, de la cual, en diez años, apenas se vendieron dos ediciones. ¿Podrá alguien acusar á estos escritores de haber querido lucrar narrando los amores de una

criada? De cualquier modo, su cálculo hubiera sido pésimo; pues mientras sus libros áridos y vigorosos yacían en el estante del librero, las mentirosas historias de M. Octavio Feuillet, esas novelas impregnadas de virtudes convencionales de las que están en boga, se vendían á razón de treinta mil ejemplares, halagando el prurito sentimental é hipócritamente sensual del público.

Trato de demostrar que es más productivo especular con la virtud que con el vicio. Nuestras obras son harto sombrías, y sobre todo demasiado crueles para que el público las encuentre halagüeñas y agradables. Desagradan, no seducen. Si algunos de nuestros libros alcanzan gran venta, la mayor parte dejan al vulgo inquieto é indignado. Por eso, los principiantes que por cálculo se dedicaran á pintar la infamia humana, no pasaría mucho tiempo sin que sufrieran terribles decepciones. En primer lugar, deberfan tener en cuenta que para este género de trabajos, la sinceridad es indispensable, puesto que es necesario ajustarse á la verdad, y tener mucho talento para atreverse á presentarla desnuda y no caer en lo innoble ni en lo odioso. Después

verían con sus propios ojos que la hipocresía real conduce á la fortuna más directamente que la brutalidad afectada. La primera se paga bien y es festejada; la segunda tiene siempre en contra la inmensa mayoría de las gentes, y á éstas les molesta la franqueza. Si la rudeza, si la audacia de decirlo todo no es hija del temperamento del escritor, cosa que se conoce al punto; la idea de la especulación aparece patente entonces, y el autor no tarda en caer bajo el peso de un justísimo desprecio. Quiero decir, en suma, que la especulación con la mentira no ofrece los peligros que la especulación con la verdad; la primera encuentra á la muchedumbre, siempre dispuesta á enternecerse y á dar su aprobación; la segunda presenta una resbaladiza pendiente, en cuyo fondo el autor venal acaba siempre por estrellarse. He aquí por qué los hábiles, si su temperamento no les guía en otro sentido, hacen bien en cultivar el género de la virtud y no el del vicio.

No me cansaré de repetir que el talento es absolutamente necesario para tratar las terribles realidades de la humanidad. Solamente las inteligencias poderosas y bien equilibradas

se atreven á contemplar cara á cara la realidad, y tienen bastante fuerza para presentarla y analizarla. El don de la vida derriba todas las barreras del convencionalismo y de las conveniencias; de suerte que un escritor, cuanto mejor sepa crear, podrá presentarnos más verdadera la humanidad. El genio se aprecia por las verdades que arranca al hombre y á la naturaleza; por eso, lo repito, es muy peligroso representar el papel de analizador, sin más fin que el lucro y agobiado por la necesidad de ajustarse á lo verdadero, pues solamente una sincera convicción y una gran intensidad de arte, infundiendo un soplo de vida á la pintura de nuestras flaquezas y miserias, pueden salvarla de la repugnancia pública.

En el oficio de escritor hipócrita ocurre precisamente lo contrario; todo es provechoso y dulce; y un gran talento no solamente es inútil, sino embarazoso. Uno mediano, fácil y adaptable, basta para alcanzar el éxito, que á veces se obtiene también sin talento de ninguna clase; pues no hay que olvidar que el vulgo sólo desea que se le engañe, y mira siempre con buenos ojos al autor que miente

embelleciendo ú ocultando las miserias humanas. Un escritor puede mentir durante cincuenta años sin miedo de provocar el enojo de sus lectores; y aunque de éstos, la mitad por lo menos, sepa que aquél no dice la verdad, se limitará á cambiar una sonrisa y una mirada de inteligencia, como diciendo: ¿Cabe pedir más? ¿Qué más puede hacer este hombre?

Nosotros no nos hallamos en este caso desde el momento que el público, al leer nuestras obras, se encuentra con escritores que dicen la verdad y lo atestiguan con documentos desagradables. Los escritores dichos son de miel, y sus lectores no pueden menos de saborearlos cerrando beatamente los ojos. Tales novelistas afirman que las mujeres son bellas, los hombres buenos y la tierra lugar de agradabilísimas aventuras y de amores eternos y dichosos. Ante cuadro tan encantador, todo el mundo se pasma, y no es de temer la lucha, porque autores que pintan virtudes tan ideales tienen la certeza de no encontrar oposición alguna de parte del público, que tampoco les ha de registrar minuciosamente, y pueden, por lo tanto, introducir de contrabando los artículos más sospechosos. Dicho esto, fácil es

comprender que, para semejante tarea, el talento está de sobra, pues se cuenta de antemano con la aprobación del lector. Las damas sonrían, y en torno del novelista virtuoso se eleva halagador murmullo; se le aclama en los salones; su exordio, sea cual fuere, le coloca en el número de los escritores «simpáticos»; le recompensan, le condecoran, y por último se le corona en la Academia, esperando que llegue el día en que ésta le abra de par en par sus puertas. Esto podría llamarse el triunfo de la medianía en la apoteosis de la necedad universal.

Reflexionad, pues, jóvenes, y si os creéis medianos, no hagáis caso de la prensa que pretende que con el naturalismo—lo que para ella es sinónimo de inmoralidad—se hace rápidamente fortuna; creedme, se os engaña. Si carecéis de talento, no vengáis, ¡por Dios!, á ponerlos á nuestro lado; idos con los virtuosos, con esos amenos pintores de lo ideal que han alineado en correcta formación las hipocresías humanas. Con ellos todo lo hallaréis fácil y plácido. Cualquiera maestro del género, os enseñará en quince lecciones el arte de presentar el personaje simpático, y tendréis pin-

gües ganancias; se os honrará, y hasta podréis pagaros el gusto de arrojarlos lodo cuando pasemos. Los que entre nosotros haya que tengan talento, no han menester mis consejos, y por lo tanto, me limito á compadecerlos porque ellos serán difamados y sacrificados.

Examinemos ahora de cerca esa especulación con la virtud, de que tanto se abusa en nuestro literatura.

Se halla aquélla basada en el personaje simpático, sin el cual no hay libro, y sobre todo obra teatral posible. Este personaje representa la idea que la hipocresía más ó menos consciente del público tiene de la criatura humana. Así, una doncella simpática ha de ser la esencia del pudor y la hermosura; ejemplo de ello son las heroínas de nuestros dramas y de nuestras novelas, entre las cuales no es posible hallar un tipo real, quiero decir, una mujer que se conduzca razonablemente, como pudiera hacerlo un simple mortal. En ella todo es abnegación sublime, ridícula ignorancia y necesidades voluntarias y enfáticas. La joven francesa, cuya educación é instrucciones son deplorables, y que es un sér que oscila entre el animal y el angel, es producto dire-

to de este imbécil género literario, en el cual una doncella aparece más noble cuanto más se asemeja á una muñeca mecánica bien construida. Instruyamos á nuestras jóvenes, formémoslas para nosotros y para la vida que hayan de hacer, coloquémoslas cuanto antes en la realidad de la existencia, y habremos llevado á término una excelente obra.

Cuanto hemos dicho de la doncellita convencional, puede aplicarse á todos los personajes simpáticos, que siempre son falsos. El hijo hace honor al padre, si éste se ha permitido algunos ligeros pecadillos; pero no un honor sensato y lógico, sino el teatral, el que para satisfacción del público se lleva hasta el refinamiento. El padre se presenta noble y magnífico, como un dechado de virtudes; la amante ha de ser de impecable pureza y rebosando pasión y ternura, mientras el amante, sin cuidarse de las cosas de este mundo, desprecia las riquezas, y luchando entre los más bellos sentimientos, vive en ese heroísmo romántico que es la negación de la vida. He aquí unos maniqués contruidos para recreo de corazones sensibles, y con los cuales cualquiera puede alcanzar fácilmente el éxito.

¡Cuántas especulaciones hallaríamos si nos sáramos revista á las obras que describen esos personajes simpáticos! He aquí lo que son, en suma, todas las novelas del género virtuoso: trozos de literatura sentimental llenos de lugares comunes, alegatos sociales, pinturas del gran mundo, quinta esencia de la moda y del buen tono, y costumbres extranjeras que sirven de pretexto al escritor para presentar beldades italianas de color de rayo de luna, y rubias blancas como la nieve; en una palabra: todas las boberías que pueden caber en una cabeza vacía, todas las falsedades y mentiras que puede soñar un cerebro ocioso y desorganizado, y todas las licencias toleradas que puede concebir la imaginación. La especulación, empero, llega á lo irrisorio, á lo brutal, en el teatro, donde cada imprudente aplomo se trafica con los buenos sentimientos del público. Hemos visto representarse dramas medianos, y al notar que los espectadores bostezaban, hemos creído que la obra se hundía; se ha salvado, sin embargo, porque su autor ha sabido distribuir en ella el género virtuoso en forma de declamación sobre el honor y la virtud, y cada trozo de este

género ha arrancado al público una salva de aplausos.

Si la declamación ha sido patriótica, el entusiasmo no ha tenido límites, y el dramaturgo ha sido proclamado, no solamente grande hombre, sino probo y excelente sujeto. ¡Cuántos dramas de esta clase hemos visto que han alcanzado gran éxito porque sus autores han sabido especular con el calvinismo de las masas populares, sobre todo á partir de los desastres de 1870! Es una vergüenza literaria y una falta de probidad burlarse del público, plantando al fin de cada hemistiquio una bandera tricolor. Los autores de estas obras, que no vacilo en llamarlas bastardas, gritan al oído á los espectadores: ¡Viva Francia! y aprovechan para robarles los aplausos el sacudimiento nervioso que el grito les causa, como el ladrón que en la calle da un empujón á un transeunte, y, aprovechando la violencia del choque, le hurta el reloj.

Examinemos ahora la moral de tales mentiras. No faltará quien diga: «Sí, es cierto que se especula con el vicio igualmente que con la virtud; pero, al fin y á la postre, los que hacen dinero con el bien, presentan en sus escritos

ejemplos laudables». He aquí lo que niego absoluto. No puedo tratar aquí la cuestión de tenidamente y repetir lo que á menudo he dicho en otros estudios; pero diré una vez más que la mentira, por noble que sea, siempre trae desastrosas consecuencias. Si fuera posible abrir el cráneo de uno de los hombres que se dedican á la lectura de novelas y dramas engañosos, llenos de sonoras frases, y que son lo contrario de nuestra existencia cotidiana, sólo hallaríamos vaguedad, obscuridad y vacío. Tales lecturas y semejantes espectáculos fomentan las reservas jesuíticas y excitan á simular los sentimientos. Los libros de Walter Scott, han hecho más mujeres adúlteras y más jóvenes culpables que los de Balzac. Jorge Sand ha creado una generación de soñadoras y de racionadoras insoportables. Una mujer que se decide á tener amante, tiene siempre, en el fondo del corazón, la semilla que dejó una novela idealista del género de *Indiana* ó del *Roman d'un jeune homme pauvre*. Nada perturba tanto el ánimo como la lectura de esas páginas que ofuscan la imaginación haciéndole soñar grandes pasiones, y de las cuales, sea cual fuere el desenlace, la falta

aparece—gracias al falso y seductor cuadro que el novelista hace del amor—como la única dicha apetecible en la tierra. En tales obras, no hay más que torrecillas iluminadas por los rayos de la luna, paseos por las solitarias calles de árboles oyendo el canto del ruiseñor, y besos y juramentos que aseguran una eternidad de goces. Los personajes no comen, no envejecen, ni están sujetos á las flaquezas propias de la humanidad; y todo esto convierte semejantes libros, con su cómoda moral y sus tolerancias poéticas, en un mundo superior, á cuyo lado el nuestro nos causa repugnancia. Estas quimeras hacen que miremos con desprecio el hogar doméstico, la vida cotidiana, las necesidades materiales, y, en suma, cuanto nos liga á la tierra; la realidad de cuanto nos rodea. La desorganización cerebral y la perversión sensual no pueden ir más lejos.

La novela naturalista, por el contrario, no provoca fantasías peligrosas, y continuamente ofrece estudios de la realidad. Presenta el mal en todo su horror, la falta en toda su desnudez y con sus terribles consecuencias; hace ver cómo se ama y siempre viene á parar en la misma conclusión; á saber: la virtud y la di-

cha consisten en la lógica, en reconocer lo verdadero, en el justo equilibrio del hombre con la naturaleza que le rodea. Lo propio puede decirse á propósito del patriotismo de que antes me he ocupado; el verdadero patriotismo no consiste en la heroica locura de sacrificar la vida á impulsos del sacudimiento nervioso producido por una gran excitación cerebral; consiste en la razón y en el conocimiento exacto de las necesidades de la patria, y en el estudio y aplicación de las ciencias que puedan salvarla. A la hora presente sobre todo, desconfío de la eficacia de los dramas patrióticos que encienden el orgullo nacional durante algunas horas, puesto que el espectador los olvida cuando sale del teatro; yo querría mejor escuelas donde nos enseñaran á vencer utilizando los nuevos medios que los recientes descubrimientos nos ofrecen. La observación y el experimento deben sustituir en todo á la demencia lírica y al paso en lo desconocido, porque es imposible que la moral práctica se base en obras de imaginación; sólo las obras sacadas de la verdad encierran lecciones seguras y provechosas.

Voy á terminar, y la conclusión será pura-

mente literaria. Por encima de los especuladores del vicio y de la virtud, están los verdaderos escritores, los que obedecen á su temperamento sin preocuparse, remotamente siquiera, de ser viciosos ó virtuosos; esos estudian libremente el hombre y la naturaleza, y sólo un punto les preocupa: á la inmortalidad; por eso no se cuidan de la moda, del convencionalismo, ni de las conveniencias sociales. Sería, pues, patente falta de sentido común, ver en sus audacias de lenguaje ó de análisis el cálculo frío que tiende á explotar la malsana curiosidad del vulgo; si éste trata de satisfacer sus instintos leyendo las obras de los mencionados escritores, como muchas personas hojean los libros de Rabelais, sólo para buscar palabras malsonantes, el pasatiempo será innoble, mas únicamente podrá manchar á quien lo tome como recreo. Un verdadero escritor, un gran novelista como Balzac, traza sus obras á imagen de la humanidad, y tan profundas, tan verdaderas como aquella debe serlo, aun en lo atroz, pues la enseñanza consiste en la exactitud de los documentos. Los impotentes, los hipócritas, podrán injuriar la obra y al autor, negarlos y cubrirlos de lodo; mas no por eso

el monumento dejará de elevarse piedra á piedra, y día llegará en que la posteridad, comprendiendo su grandeza lógica, se incline ante él llena de admiración.

LA REPUBLICA Y LA LITERATURA

I

No hay ningún lazo que me sujete al mundo de la política ; no debo ninguna plaza al Gobierno, ni disfruto recompensa ni pensión bajo ningún concepto. Esto no es un rasgo de orgullo : es simplemente una declaración necesaria para empezar este estudio. Estoy solo, y soy completamente libre ; trabajo y trabajo ; así me gano el pan.

Por otra parte, es necesario que haga una segunda declaración. Yo soy un republicano de la víspera. Quiero decir, que he defendido las ideas republicanas en mis libros y en la prensa cuando el segundo Imperio estaba en pié todavía. Yo hubiera podido ser de *la pa-*